

*FATALISMO*

**P**OCAS figuras de la historia revelan tan claramente como los efímeros monarcas del segundo imperio mexicano, que la vida puede estar supeditada a circunstancias ineludibles, determinantes de un destino.

Si Maximiliano hubiese sido un príncipe musulmán y no un archiduque católico de Austria, su trágica suerte que terminó en el patíbulo del Cerro de las Campanas, se esgrimiría hoy como una prueba inequívoca de Fatalismo.

Y de no mediar la fe cristiana que rechaza la vana y supersticiosa doctrina, adjudicando los actos humanos al libre albedrío inspirado por un Ser Supremo, diríase que el rubio príncipe de la casa de Austria y su consorte Carlota que compartió con él la tremenda tragedia de una monarquía fincada sobre engañosos espejismos, fueron dos predestinados, dos seres a quienes un índice misterioso e invisible señaló para vivir el drama en un tenebroso escenario del que nada ni nadie pudo libertarlos.

Todo se confabula contra ellos para escogerlos en su destino. Revisando en la historia los factores que determinaron la elección de Maximiliano para el trono de México que habría de llevarlo a la inmolación de su vida en Querétaro, y a la enajenación mental de la altiva y ambiciosa Carlota, vemos emerger, como de un

ovillo ignoto, un hilo sutil, intangible, que los va envolviendo y aprisionando en un círculo de tragedia. Él, muerto por un pelotón republicano a los treinta y cinco años; y ella, sufriendo un martirio mayor al sobrevivirle ¡durante seis décadas! hasta 1927 en que muere en Bélgica a los ochenta y siete años, sin haber recordado jamás la razón.

Maximiliano pudo abdicar, huir, salvarse aún de Querétaro. Se le ofrecieron muchas oportunidades, hasta aquella que ansiosamente le proporcionaba la Princesa de Salm Salm, una franco-neoyorkina casada con un noble prusiano de la corte imperial, que supuestamente se había prendado del bello emperador de México.

Pero él no aprovechó ninguna porque, aunque débil, iluso, quizá irresoluto, no era un cobarde. Pudo más en él su sentido aristócrata que prefiere el honor de una muerte digna, a la derrota y el desprecio del que huye, o a la posición desairada del fracasado.

Pudo también no aceptar el trono de aquel país desconocido y distante cuando la misión de la "Junta de Notables" de México se acercó a Miramar para ofrecérselo; y Napoleón III, desde París, lo incitaba con sardónica sonrisa a la aventura. De hecho titubeó, dudó en el más amargo escepticismo durante largos meses hasta mayo de 1864 en que arribó con Carlota a Veracruz. De ello hay constancia en los versos que escribiera antes de partir cuando, sin querer ver a nadie, estuvo tres días encerrado en el *Gartenbaus* del castillo, absorto en la contemplación del mar que tanto amaba y debatiéndose en conjeturas sobre su terrible decisión.

Pareció prever la tragedia, y, sin embargo, no tuvo el suficiente dominio para imponerse a sus fatales augurios ni para contrarrestar las circunstancias que lo empujaron a su triste suerte.

Decía entonces en aquellos proféticos versos, literalmente traducidos del alemán:

¡Preciso es separarme por siempre de mi patria,  
del cielo de mis dulces primeras alegrías;  
preciso es que abandone con mi dorada cuna  
ya rotas, las que a ella me unen santas ligas!  
¡La tierra en que los años ríen de mi infancia  
y del amor primero sentí el ansia infinita,  
voy a dejar a impulsos de la ambición que,  
gracias a vuestro anhelo, el fondo del corazón abriga!

Queréis con el señuelo de un trono seducirme  
mostrándome las locas quimeras que fascinan.  
¿Debo escuchar el dulce canto de las sirenas?  
Triste del que en el canto de las sirenas fía.

Me habláis de cetros áureos, alcázares, potencia;  
la senda que a mis ojos abris, nada limita.  
¡Preciso me es seguiros allende el Océano,  
de un mundo que yo ignoro a la lejana orilla!  
Queréis tejer con hilos de oro y con diamantes  
la urdimbre ya tan frágil de mi callada vida.  
Pero, ¿podréis en cambio, darme la paz del alma,  
o son, para vosotros, oro y poder la dicha?

Dejadme ir descuidado por mi sendero oscuro,  
en paz entre los mirtos, dejad que alegre siga.  
La ciencia me es más dulce y el culto de las musas  
que el esplendor del oro que en la diadema brilla.

Presentimiento amargo y fatídico el que destilan las líneas de sus versos. No habría de encontrar ni paz ni felicidad en México. Y, aunque previó su infortunio futuro, no pudo evitarlo. Estaba escrito que él y Carlota vivirían dentro del círculo fatal de sus trágicos destinos.

## II

### VISIONARIO

**M**AXIMILIANO filosofa en esos versos, escritos antes de partir para México, como un visionario que percibe las flaquezas humanas de quienes más tarde habrían de abandonarlo.

Al decir, "*Queréis con el señuelo de un trono seducirme*", parece personalizar, dirigiéndose a alguno o a todos los que intervinieron en su decisión.

"*Me habláis de cetros áureos, alcázares, potencia*" —continúa. "*Preciso me es seguirus*".

Y exclama hacia el final, "*Dejadme ir descuidado por mi sendero oscuro, en paz entre los mirtos, dejadme que alegre siga...*", como presintiendo que su vida tranquila, pacíficamente incolora de Miramar, tan afín a su carácter contemplativo y soñador, era más estable, más segura y feliz que los más tentadores imperios de la tierra.

En esa personalización inequívoca de sus versos, ¿se dirige a los monarquistas mexicanos que venían a ofrecerle un trono sobre un volcán de pasiones y sangrientas divergencias políticas? ¿O es a Napoleón III, el hombre que desde época tan remota como 1846, en su prisión de Ham, soñó con crear un imperio francés en "algún país de Latino América", quizá pensando ya en un dó-

cil monarca, para moverlo como fácil agente de Francia contra la creciente influencia de Estados Unidos?

Es a ellos y a otros más, seguramente. A Napoleón, porque preveía que su apoyo no iba a durar sino hasta que así le conviniera, y que lo abandonaría a su suerte en el más cruel de los engaños. Y a los mexicanos encabezados por Gutiérrez de Estrada, porque sentía que aquéllos que se decían representantes de México, no eran toda la nación, y en su país, donde hubiese un solo republicano presente, se les tildaba de traidores por entregar el gobierno de su patria a extranjeros. Probablemente anticipaba ya que aquel plebiscito exigido por él para aceptar la corona mexicana, había sido sólo una farsa, una burda y violenta imposición a base de bayonetas francesas que desde 1862, invadían a sangre y fuego el territorio donde iba a reinar.

Quizá también evoque a la Emperatriz Eugenia, la oscura ex-condesa española que aspiraba secretamente a una reconquista de las perdidas colonias de España mediante su intervención; y que era en esa época, la más decisiva influencia sobre su marido el Emperador.

O tal vez a Pío IX que jamás concedería el Concordato, tan ansiosamente esperado por su imperio en la caótica lucha de clericales conservadores y republicanos reformistas.

Y su hermano, Francisco José, ¿su amargura va dirigida igualmente a él? El Emperador de Austria parece tener especial interés en alejarlo de Europa. Se cuchicheaba en la corte de Viena que el bello archiduque había puesto sus ojos en su lindísima cuñada, la Emperatriz Isabel, a quien no le era indiferente. No hay prueba alguna al respecto naturalmente, ya que las intimidades de las casas reales se guardan en profundo secreto y sólo trascienden a la posteridad como meras hipótesis. Así, la causa del sui-

cidio de Rodolfo, primogénito de Francisco José y sobrino de Maximiliano, jamás se ha sabido en su estricta verdad. Y de igual manera, esa animosidad del Emperador hacia su hermano que lo obliga a renunciar a sus derechos de sucesión al trono austriaco antes de partir para México, y más tarde le escatima su ayuda cuando él está al borde del cadalso, no tienen otra explicación que una puramente personal, una razón privada, de familia.

Y Carlota, su mujer, la princesa belga henchida de ambiciones y enferma de herido orgullo por sentirse figura secundaria en Europa, ¿también a ella le habla?

Más inteligente, más decidida y vigorosa que él, más "viril", como dice don Justo Sierra; y tentándola ya aquel título de Emperatriz que se le ofrecía en bandeja de oro, influyó en Maximiliano en forma determinante. La altiva y orgullosa Carlota se aburría en Miramar; le incomodaba aquel ocio placentero pero sin finalidad, tan del agrado de su marido; la humillaba su oscura posición de modesta castellana, sin súbditos, sin corte, sin otro esplendor que los bellos paisajes de mar y sol, los radiantes jardines plantados de magnolias, las fuentes y estatuillas de mármol, las regias escalinatas descendiendo hasta el Adriático entre flores y plantas... todo aquel marco de belleza que tanto colmaba de quieta felicidad a su consorte, hecho para el estudio y la contemplación de los astros, para arrobarse ante la Naturaleza y cantar sus éxtasis en soñadoras rimas.

A él, príncipe de la casa de Habsburgo, hasta no hace mucho gobernador del reino lombardo-veneto, le bastaba su propio "trono" inconspicuo de Miramar, "su sendero oscuro entre los mirtos, donde la ciencia y el culto de las musas me es más dulce que el esplendor del oro que en la diadema brilla", como dice finalmente en sus versos de clarividente.

Pero a Carlota... que le ruega, que le exige casi salir de aquel marasmo. Habrá que complacerla, calmarla en sus ansias de mando y poderío.

### III

#### EL MISTERIO CONYUGAL

**E**S A ELLA, a su mujer, a quien quiere Maximiliano seguramente halagar cuando acepta por fin ser el Emperador de México. Es a su inquieta, inconforme y ambiciosa Carlota a quien desea brindar un trono para que brille y llene su vida yerma.

Porque... a más de la humillación que la abate por sentir que su borrosa posición en Miramar no está de acuerdo con su cuna de princesa real de Bélgica, descendiente de los Borbones de Francia, Carlota se consume a los veinticuatro años, en un cruel tormento. Su marido, a quien ama, lo es en nombre solamente. Un misterio, inexplicable aún para la Historia que se ha esforzado por esclarecerlo, presenta a la joven pareja como un matrimonio unido sólo por lazos platónicos que la etiqueta y las buenas formas tratan de disimular ante los extraños. ¿Una enfermedad de él, frigidez de ella, su esterilidad...? Nada en firme se sabe de esta separación conyugal, tan extraña como incomprendible, tratándose de dos seres jóvenes, en plenitud de vida y aparentemente enamorados.

Más tarde, en septiembre de 1864, José Luis Blasio, su secretario, en uno de los viajes frecuentes del Emperador a provincia, habrá de demostrar su estupor al respecto.

Estando en Puebla en espera de la Emperatriz que llegaría de un momento a otro, Blasio relata:

"Visitó Maximiliano después del almuerzo, las habitaciones que se habían preparado para su imperial consorte en el Palacio Episcopal donde nos hospedábamos; y se mostró muy satisfecho al ver el magnífico lecho matrimonial con pabellón de finísimos encajes y de cintas de seda que para la augusta pareja se había preparado. Pero tan luego como se alejó nuestro introductor, Su Majestad ordenó a los camaristas que buscasen una pieza distante de la recámara imperial y allí armasen su famoso catre de campaña, usado por él en todos sus viajes".

Y después de informarnos que la actitud del Emperador al emitir tal orden, era hasta de enojo, continúa:

"¿Qué drama conyugal se escondía tras esa determinación? ¿Cómo dos esposos jóvenes, unidos por amor como se sabía en público, hermosos, en el vigor de la edad, no hacían vida marital y al marido le irritaba casi pensar que tendría que dormir en la cama donde durmiera su ilustre consorte? Más tarde pude efectivamente convencerme de que algo existía entre los dos esposos, algo que por el momento no pude saber si era una desavenencia producida por razones de Estado, por infidelidades del Emperador a la hija del Rey de los Belgas, o por defecto orgánico del Soberano; pues ni en Puebla, ni en México en el Palacio Imperial, ni en Chapultepec dormían nunca juntos los soberanos. Y eso no podía escaparse absolutamente a la servidumbre, porque las camaristas de la Emperatriz dormían cerca de ella y los camaristas del Emperador en la pieza contigua a aquella en que reposaba Su Majestad. ¿Podría ni por un momento suponerse que ese alejamiento era voluntario, cuando por interés de ambos, al intentar fundar una monarquía en México, estaba también el de fundar una di-

nastía? Que el matrimonio de Maximiliano con Carlota había sido más por amor que por razones de Estado, nadie lo dudaba en México, pues se sabía perfectamente que habían pasado una deliciosa luna de miel en Europa. La juventud del Soberano, su arrogante figura, sus atractivos personales hacían suponer también de una manera indudable que siendo soltero, en sus viajes por Grecia, por el Asia Menor y después alrededor del mundo, había sido héroe de muchas aventuras galantes, y eso lo aseguraban personas que por referencias conocían la vida del Emperador durante sus viajes. Pero desde su matrimonio, su conducta había sido irreprochable. Sin embargo, si algún desliz de Maximiliano pudo llegar a oídos de su esposa, indudablemente que ésta, herida en su orgullo de mujer, y de mujer hermosa, se había rehusado a hacer vida marital con él, sólo que por mutua conveniencia, ante el mundo aparentaban vivir en la mejor armonía”.

Nada más explícito como este relato para explicar el deseo de Maximiliano de complacer a su cónyuge. Por Carlota, pues, habría Maximiliano de lanzarse a la terrible aventura. Habría de abandonar su castillo amado para que ella, en compensación, tuviese un escenario espléndido, digno de su estirpe y de su rango. Haría de ella una reina, le brindaría un trono, en defecto de sus satisfacciones de mujer.

Pero, prosiguiendo con sus presagios poéticos... sólo en Juárez no piensa con precisión en sus versos porque no le conocía, no podía siquiera imaginárselo. No supo entonces ni posteriormente, hasta qué altura se elevaba la grandeza moral de aquel indio zapoteca de Guelatao, con su estoicidad de roca y su firmeza de titán. El, Maximiliano, un príncipe bondadoso y tierno, ingenuamente conciliador y compasivo, padecía de un desconocimiento fatal de la humanidad. No era contrincante para aquel baluarte

inexpugnable de voluntad y empeño, en quien alentaba inmutable, la flama divina de la fe en su patria. Nunca se conocerían. Juárez andaría con su gobierno trashumante de un lado a otro del territorio nacional. Pero la señera figura del patricio se proyectaría perennemente, en los tres años del Imperio, sobre aquella víctima de las ambiciones ajenas.

Maximiliano, en sus versos clarividentes, intuyó la tragedia. Pero no tuvo ni fuerza, ni carácter, ni perspicacia o voluntad para impedirlo. Fue desde Miramar a encontrar su destino, como un personaje trágico de la Fatalidad.

#### IV

#### RETRATO

**E**L ARCHIDUQUE José Fernando Maximiliano nació en Viena el 6 de julio de 1832. Era hijo segundo del Archiduque Carlos y de la Archiduquesa Sofía, siendo hermano por tanto, de Francisco José, Emperador de Austria. Las malas lenguas aseguraban que era hijo adulterino del Duque de Reichstadt, vástago único de Napoleón I y María Luisa de Austria; y, por consiguiente, nieto del gran corso y primo carnal de Napoleón III, cuyos padres eran Luis Bonaparte, Rey de Holanda y Hortensia, hija de Josefina de Beauharnais. Pero la especie, por absurda e infundada, jamás ha podido comprobarse ni remotamente. El desgraciado Aguilucho murió de tisis, siendo casi un adolescente, en Schoenbrunn, la real prisión que se le asignó en la corte austriaca ante el temor de ver surgir en él al vengador de su padre.

No existen datos precisos de la niñez de Maximiliano. Sábese que era un niño rubio y bello, de cutis blanco, levemente pálido, y con una mata de ondulados cabellos dorados que lo agraciaban hasta la feminidad. Sus ojos de un azul celeste purísimo, eran dulces, melancólicos, casi tiernos; y sus pestañas, largas y rubias también, le daban un encanto irresistible que perduraría en su madurez.

De adolescente se le dedicó a la Marina. Desde 1850, a los

dieciocho años, emprendió viajes por Grecia, Asia Menor, España y Africa, de lo cual se explica su gran amor por el mar. En 1853 fue nombrado capitán de corbeta; y en 1854, comandante mayor de la Marina Imperial de Austria, en cuyo cargo hizo largas y constantes travesías por el Mediterráneo.

Cumple los veinticinco años en 1857 y es un joven alto y esbelto, elegante y refinado en su vestir, suave y delicado en sus modales y actitudes: un aristócrata nato. Sus cabellos rubios ondulados, se prolongan a lo largo de sus sienes y mejillas en una densa y sedosa barba partida en dos bajo el labio inferior, ligeramente protuberante, como el de todo Hapsburgo. Y sus ojos azules, orlados de la aureola dorada de sus pestañas, son cautivantes. Su mirada irradia bondad y dulzura, parece acariciar a quien va dirigida.

Así la debe sentir sobre ella la hija del Rey Leopoldo I de Bélgica y nieta de Luis Felipe de Francia cuando le es presentado como presunto candidato matrimonial. El contraste entre ambos es notorio y tal vez constituya la principal atracción, pues a Carlota Amalia la han cortejado los mejores partidos de Europa, entre ellos Pedro V de Portugal y Jorge de Sajonia, y los ha rechazado desdeñosamente.

Ella es una jovencita de diecisiete años, alta, erguida, esbelta y morena. Sus cabellos casi negros y sus ojos oscuros en los que se inicia una leve miopía, miran resueltos, firmes, quizá hasta con cierto brillo flameante, un poco nervioso e inquieto, en el que todos han creído ver reflejado su carácter voluntarioso y enérgico, su frío cálculo de mujer ambiciosa y cerebral y... tal vez hasta su futura demencia.

Se siente subyugada al instante por aquel bello príncipe de cabellos de oro y ojos de cielo, y se casa con él el 27 de julio de 1857. Su matrimonio es brillantísimo y lo presencian regias

personalidades como Alberto, príncipe consorte de Inglaterra, y su abuela, la reina María Amelia de Francia, quien llenaba el lugar de su hija, Luisa de Orleans, madre de Carlota, muerta en 1850.

Todo parece sonreírles. Maximiliano ha sido nombrado para gobernar la Lombardía y ella piensa que ése será el primer escalón de una ascendente y triunfal carrera.

Antes de entrar triunfantes en Milán hacen un largo viaje de luna de miel. Son una pareja encantadora y feliz. Recorren el Mediterráneo y se lanzan incluso allende el Atlántico, hasta las costas del Brasil. América para ellos es todavía un continente extraño y semi-salvaje al que no sospechan ni remotamente que habrán de volver como soberanos de un país en llamas.

Maximiliano, siempre aficionado a la literatura, escribe sus impresiones en cuatro tomos manuscritos que titula en alemán *Riseskizzen*. El es feliz en el mar, contemplando los milagros y las bellezas de la Naturaleza. Su vida podría continuar así, deslizándose suave y serenamente al lado de la mujer amada, por sobre un mar quieto y terso, acariciado por tibias brisas sureñas. Tiene alma de artista que vibra de sensibilidad ante todo lo bello. Por eso viste bien y gusta de todo lo que es decorativo y placentero a los ojos. Pero en sus aficiones es superficial, frívolo, inconsistente. Gustándole todas las artes, no especializa en ninguna. Escribe, poetiza y sueña, mas no por vocación, sino como una necesidad espiritual. Lee, se informa de todo, pero no para sobresalir o destacarse en algún arte, sino porque ese arte es un solaz para su alma contemplativa y soñadora. De haber sabido pintar, nunca habría vendido o exhibido sus cuadros. Los hubiese guardado cerca de sí para recreo personal.

Es también un sentimental que se conmueve hasta con el tri-

no de un pájaro o con el cintilar de una estrella. Siente piedad hacia el infortunado y ayuda siempre a quien puede, motivo por el cual se le considera ya como un príncipe de tendencias liberales. Y eso, aunado a su delicada y fina personalidad, habrá de cautivar a quienes lo traten siete años después en México. Pero será su principal obstáculo en la afirmación de su Imperio. Para la indómita resistencia de Juárez, se necesitaba una voluntad de acero como la suya; un gobernante, un administrador, un político. Es decir, un hombre más terreno si se quiere, que el etéreo soñador de Miramar.

Maximiliano sólo traería bondad y dulzura en su corazón, dos bellísimas cualidades que no servían para aplacar el incendio político que sufría México al estatuirse el Imperio en 1864.